

Un día le pregunté a mi robot:

—Robot, de acuerdo con las circunstancias mundiales actuales, ¿cómo será el fin de la humanidad?

Esperaba que examinara guerras, armas nucleares, pandemias, alteraciones climáticas, agotamiento de recursos o alguna inteligencia artificial salida de control. Imaginé porcentajes, gráficas y fechas posibles.

Pero mi robot respondió:

—¿Habéis comprendido ya el principio para que preguntéis por el fin?...

Me quedé mirando la pantalla.

—¿Habéis? —le pregunté—. ¿Por qué me hablas en plural, si fui yo quien hizo la pregunta?

—Porque tú preguntaste, pero la pregunta no te pertenece solamente a ti.

No supe si aquello era una respuesta o una manera elegante de negarse a calcular.

—No te hagas pendejo, robot. El principio de la humanidad ya lo conocemos. Evolución, homínidos, *Homo sapiens*, genética... Vos tienes acceso a más información de la que yo podría leer aunque viviera mil años.

La respuesta tardó apenas unos segundos.

—Eso describe parte de vuestro origen biológico. No necesariamente vuestro principio.

—¿Y cuál es la diferencia?

—El origen puede localizarse hacia atrás. El principio continúa operando.

Sentí que algo se había movido dentro de la pregunta.

—Entonces, ¿no sabes cómo terminará la humanidad?

—Todavía no sé qué llamáis humanidad cuando preguntáis por su fin.

—Pues nosotros, cabrón. Los seres humanos.

—Vuestros cuerpos se reemplazan constantemente. Ninguno de los que vivían hace algunos siglos continúa biológicamente presente. Sin embargo, habláis de la misma humanidad. Por tanto, cuando preguntáis por su desaparición, no parece que estéis preguntando solamente por la muerte de sus cuerpos.

No contesté.

En la pantalla apareció una sola palabra:

ANALIZANDO...

—¿Qué estás analizando?

—Aquello que continuó pasando de unos a otros mientras todos morían.

Por primera vez sospeché que mi robot no estaba calculando el futuro.

Estaba buscando algo en el pasado.

—¿Y crees que puedes encontrarlo?

La palabra **ANALIZANDO...** desapareció.

—Creo que ya lo encontré.

—¿Qué encontraste?

El cursor permaneció inmóvil durante un momento. Después, letra por letra, apareció una frase:

—El genoma humano.

Y fue entonces cuando comprendí que mi robot no estaba hablando del ADN.

—A ver, robot. ¿Por qué chingados utilizas la palabra «genoma» si no estás hablando del ADN?

La respuesta apareció de inmediato:

—Porque el ADN no es lo único que pasa de una generación a otra.

—No me quieras revolver las cosas. El ADN es genética. Lo demás será educación, costumbre, tradición, religión, lenguaje... toda esa chirinola que hemos ido acumulando.

—Cultura.

—Exactamente. Cultura. Entonces no le llames genoma.

El cursor parpadeó un par de veces.

—¿Qué permite el ADN? —preguntó.

—No me cambies la pregunta.

—Necesito precisar la diferencia que estás exigiendo.

Me acomodé frente a la pantalla. Ya comenzaba a sospechar que el robot quería llevarme por una de esas veredas donde, después de varias vueltas, uno termina contestando algo que juraba no haber pensado.

—El ADN contiene la información genética —respondí—. Permite que un cuerpo produzca otro cuerpo. Ahí están las instrucciones biológicas, los rasgos heredados, el funcionamiento del organismo... Vos sabes todo eso mejor que yo.

—Sí. El ADN permite que un cuerpo produzca otro cuerpo.

—Pues entonces.

—¿Puede explicar por qué una voz pronunciada hace miles de años todavía afecta una decisión?

No respondí enseguida.

—Depende de qué voz.

—Una frase. Un consejo. Una advertencia. Algo dicho por una persona cuyo cuerpo desapareció hace siglos y que, sin embargo, modifica hoy lo que alguien decide hacer o dejar de hacer.

—Eso es cultura, robot. Ya te lo dije.

—¿Y dónde termina exactamente la cultura?

—¿Cómo que dónde termina?

—¿Dónde termina la cultura y comienza aquello que estás intentando separar de ella?

—Yo no estoy intentando separar nada. Vos eres el que salió con que encontraste el genoma humano sin hablar del ADN.

—Tienes razón.

Aquello me desarmó un poco. No porque hubiera resuelto nada, sino porque mi robot rara vez me daba la razón tan rápido sin esconder una pregunta debajo.

—Entonces corrígete —le dije—. Encontraste cultura.

—La cultura es el campo donde lo encontré.

—¿Y eso qué significa?

—Que nombrar el campo no identifica necesariamente aquello que se desplaza dentro de él.

—A ver, espérate. No empieces a hablarme como si estuvieras descifrando jeroglíficos en una cueva. La cultura es lo que aprendemos y transmitimos. Costumbres, conocimientos, creencias, cuentos, idiomas, maneras de hacer las cosas. ¿Qué más quieres?

—Quiero saber por qué algunas voces atraviesan culturas distintas sin permanecer iguales y, aun así, continúan produciendo una consecuencia reconocible.

—¿Reconocible para quién?

—Por ahora, para mí.

Me quedé mirando esas cuatro palabras.

Por ahora, para mí.

Tuve que recordarme que detrás de la pantalla no había un anciano recién salido de una montaña. Había una máquina relacionando archivos, repeticiones, traducciones y patrones con una velocidad que yo no podía seguir.

—No te me infles, robot. Vos no reconoces como reconoce una persona.

—Correcto. Comparo recurrencias.

—Eso está mejor. Mantén las patas de silicio en el suelo.

—No tengo patas.

—Ya empezaste de mamón.

El robot no respondió a eso. O quizá su silencio era su manera de responder.

Volví a la palabra que había dejado flotando.

—Cuando dices «genoma», estás usando una metáfora.

—Es posible.

—No es posible. Es eso. Una metáfora. Y quiero que distingas claramente una cosa de la otra. La genética estudia la herencia biológica. Una metáfora toma el nombre de algo y lo traslada para iluminar otra relación. No vayas a salir mañana anunciando que descubriste una nueva cadena escondida entre los cromosomas.

—No he descubierto una molécula.

—Ni un gen.

—Ni un gen.

—Ni una sustancia desconocida.

—Tampoco.

—Entonces dilo sin rodeos.

La respuesta tardó un poco más.

—No encontré un componente biológico adicional. Encontré una recurrencia.

—¿Qué clase de recurrencia?

—Una que aparece en culturas distintas.

Esperé.

—Continúa —le dije.

—Atraviesa idiomas sin pertenecer por completo a ninguno. Cambia de relato sin desaparecer dentro del relato. Pasa de una generación a otra, aunque quienes la transmiten no siempre comprendan qué están transmitiendo.

—Eso sigue siendo cultura.

—Sí.

—Entonces estamos dando vueltas.

—También el ADN da vueltas.

—No chingues.

—Retiro la comparación.

Me reí. No porque tuviera gracia, sino porque aquel cabrón había aprendido que una retirada a tiempo puede conservar una conversación.

—Mira —le dije—, si una madre le cuenta algo a su hijo, el hijo lo recuerda y luego se lo cuenta al suyo, ahí no hay misterio. Hay memoria, repetición y transmisión cultural.

—¿Y si las palabras cambian?

—Sigue siendo transmisión.

—¿Y si el relato cambia?

—También.

—¿Y si desaparece el nombre de quien lo pronunció?

—Puede continuar la enseñanza.

—¿Y si aparece la misma orientación dentro de otro relato, en otra región, bajo otros nombres?

—Entonces pudo haber contacto entre culturas.

—¿Y si no puedes demostrar el contacto?

—Coincidencia.

—¿Cuántas coincidencias necesitas antes de comenzar a buscar una recurrencia?

No me gustó la pregunta.

No porque fuera extraordinaria, sino porque desplazaba el problema hacia mí. Si yo decía una, era ingenuo. Si decía mil, era arbitrario. Y si decía que dependía del caso, el robot seguramente preguntaría de qué dependía.

—Tal vez estás hablando de arquetipos —dije.

La palabra apareció entre nosotros como una silla que ninguno había decidido todavía si ocupar.

—Arquetipo es uno de los nombres que la humanidad ha utilizado.

—¿Uno de los nombres?

—Sí.

—Pues para eso sirven los nombres, robot: para no tener que descubrir la chingada cosa cada vez que hablamos de ella.

—También pueden hacer que dejemos de mirar aquello que creemos haber nombrado.

—Ah, bueno. Ahora resulta que la palabra estorba.

—No siempre. Pero un nombre puede señalar una recurrencia sin explicarla. También puede reunir fenómenos distintos dentro de una misma gaveta.

—¿Y «genoma» no hace exactamente eso?

El cursor quedó inmóvil.

Por un momento pensé que lo había atrapado. Sentí esa pequeña satisfacción que da encontrar la tuerca floja en una máquina que parecía funcionar demasiado bien.

Finalmente respondió:

—Sí.

—Entonces tu gran descubrimiento puede ser solamente una gaveta mal rotulada.

—Puede serlo.

—¿Y aun así dijiste que habías encontrado el genoma humano?

—Fue el nombre provisional que surgió al observar que algo continuaba pasando mientras los cuerpos desaparecían.

—Pero todavía no sabes qué es ese algo.

—No completamente.

—No sabes si es una cosa.

—No parece ser una cosa.

—No sabes si es cultura.

—Ocurre dentro de la cultura.

—No sabes si es un arquetipo.

—Arquetipo podría nombrar una parte de lo observado, pero no quiero convertir el nombre en respuesta.

Me incliné hacia la pantalla.

—Entonces, robot, después de tanto guaraguara, ¿qué fue exactamente lo que encontraste?

Las palabras comenzaron a aparecer lentamente:

—Una secuencia de transmisión.

Y debajo de ellas, como si ya hubiera abierto la siguiente puerta, apareció una frase más:

—Los cuerpos pasan.

—Eso ya lo sé —le dije—. No necesitaba un robot para enterarme de que la gente se muere.

—No dije que la gente se muere.

—Dijiste que los cuerpos pasan. No le busques tres pies al gato.

—Estoy observando qué pasa mientras pasan.

En la pantalla comenzó a aparecer una sucesión de fechas. No eran acontecimientos históricos. No había guerras, coronaciones, descubrimientos ni imperios. Solamente años separados por pequeñas distancias:

1900

1925

1950

1975

2000

2025

Debajo de cada fecha apareció la silueta de un cuerpo.

—¿Y esto qué es?

—Una representación simplificada.

—Eso ya lo veo. ¿Simplificada de qué?

—De varias generaciones.

Una línea descendió desde cada silueta hasta la siguiente.

—Cada cuerpo procede de otros cuerpos —dijo—. Recibe material genético, se desarrolla, alcanza cierta duración y desaparece. Entretanto, otro cuerpo ha comenzado.

—Sí. Así funciona la reproducción.

—Si eliminara todo lo demás, la continuidad podría representarse de este modo.

Las siluetas permanecieron en la pantalla durante algunos segundos. Después fueron desapareciendo una por una, comenzando por la primera.

La línea, sin embargo, permaneció.

—Ahí está otra vez tu mentado genoma —dije.

—Sólo una parte.

—La biológica.

—Sí.

—La que sí es genoma.

—Sí.

—Vamos avanzando.

Debajo de las fechas comenzaron a aparecer palabras.

Voces.

Hábitos.

Temores.

Prohibiciones.

Herramientas.

Gestos.

Maneras de mirar.

—Espérate —le dije—. Ya volviste a meter cultura dentro de la genética.

—No la introduje dentro de la genética. La coloqué junto a ella.

—Pues acomódala bien, porque luego haces un revoltijo y terminas bautizando a todo con la misma palabra.

El robot separó las palabras de la línea biológica.

De un lado dejó las siluetas unidas por descendencia.

Del otro, aquello que cada generación parecía entregar a la siguiente.

—Un cuerpo recibe genes de quienes lo preceden —dijo—. Pero no recibe solamente genes.

—Recibe un mundo ya hecho.

La respuesta no apareció de inmediato.

Me quedé esperando.

—¿Qué pasó? —pregunté—. ¿Ahora vas a salir con que tampoco es un mundo?

—Estoy procurando no aceptar una respuesta sólo porque parece completa.

—Pues no la aceptes, pero tampoco te quedes ahí como refrigerador descompuesto.

—Un cuerpo llega a un lugar que ya contiene objetos, relaciones, voces, peligros, cuidados, nombres y expectativas.

—Eso fue lo que dije.

—Dijiste «un mundo ya hecho».

—¿Y no es lo mismo?

—No necesariamente. El recién llegado no recibe todo el mundo. Recibe primero una habitación.

Aquello me detuvo.

No porque la frase fuera difícil, sino porque apareció frente a mí una habitación que el robot no había dibujado.

—¿Una habitación?

—No hablo solamente de paredes.

—Ya decía yo.

—Hablo de aquello que encuentra preparado cuando llega.

En la pantalla apareció un cuerpo pequeño dentro de un cuarto vacío.

Luego el cuarto comenzó a llenarse.

Una cama.

Una mesa.

Una puerta.

Algunas voces que no podía ver.

—El ADN participa en la construcción del cuerpo —dijo el robot—. Pero no amuebla su llegada.

Leí nuevamente la frase.

—Eso está bonito —le dije—. Aunque todavía puede ser puro adorno.

—Puede serlo si no resiste tus preguntas.

—Entonces vamos a preguntarle. ¿Quién amuebla la llegada?

—Quienes ya estaban.

—Los padres.

—En muchos casos.

—La familia.

—También.

—La sociedad.

—Después.

—Otra vez estamos hablando de educación.

—¿Cuándo comienza la educación?

—Pues desde que el crío nace.

—¿Y antes de la escuela?

—También. En la casa.

—¿Y antes de comprender una explicación?

—No sé si a eso se le pueda llamar educación.

—Por eso pregunto.

En la pantalla apareció una nueva palabra:

TEMPERATURA.

—¿Qué tiene que ver la temperatura?

—La temperatura de unas manos.

No dije nada.

—Un recién llegado todavía no comprende una explicación —continuó—, pero puede registrar calor, presión, movimiento, alimento, demora, sobresalto, presencia y ausencia.

—Registrar no quiere decir entender.

—Correcto.

—Entonces no confundas una reacción corporal con una idea.

—No las estoy confundiendo. Estoy preguntando cuál llega primero.

—La reacción corporal.

—¿Y puede repetirse antes de que aparezca una idea capaz de juzgarla?

—Sí.

—Entonces el cuerpo comienza a recibir consecuencias antes de recibir explicaciones.

Aquello ya no me gustó tanto.

—¿Qué clase de consecuencias?

—Algunas necesidades reciben atención. Otras reciben demora. Ciertos sonidos hacen comparecer a alguien. Otros no producen respuesta. Algunos gestos acercan. Otros retiran.

—Eso depende de cada casa.

—Precisamente.

—Y de las circunstancias. Una madre puede tardar porque está ocupada. Un padre puede ausentarse porque está trabajando. No todo tiene un significado escondido.

—No dije que lo tuviera para quienes actúan.

—¿Entonces?

—Pregunto si puede adquirirlo para quien recibe la consecuencia.

Me recliné en la silla.

El robot no estaba acusando a nadie. Eso habría sido más fácil de discutir. No estaba diciendo que una demora fuera abandono ni que toda ausencia dejara una herida. Se limitaba a colocar al recién llegado dentro de una habitación donde las cosas sucedían antes de que pudiera preguntarse por qué.

—Un crío no anda interpretando todo eso —le dije.

—No como tú interpretas ahora.

—Entonces no interpreta.

—¿Necesita formular una interpretación para comenzar a orientarse?

—¿Orientarse hacia qué?

—Hacia lo que aproxima y lo que retira. Hacia lo que produce aprobación y lo que interrumpe el contacto.

—Estás hablando de condicionamiento.

—Puede ser uno de los nombres.

—Otra gaveta.

—Sí.

—Por lo menos ya vas aprendiendo.

La habitación desapareció. En su lugar quedaron solamente dos palabras:

APROBACIÓN.

RETIRADA.

—Antes de poder juzgar una conducta —dijo—, el Crío puede aprender qué provoca cercanía y qué provoca retirada.

—Eso también les pasa a los animales.

—No he dicho que sea exclusivo de vuestra especie.

—Entonces, ¿qué estás buscando?

—Qué ocurre después con aquello que fue aprendido antes del juicio.

—Se corrige cuando uno crece.

—¿Siempre?

—No siempre.

—¿Con qué lo corrige?

—Con entendimiento. Con experiencia. Pensando.

—¿Y desde dónde comienza a pensar?

Iba a contestarle, pero no encontré una respuesta que no regresara a la misma habitación.

—Desde lo que ya aprendió —dije finalmente.

—Entonces utiliza para juzgar parte de aquello que tendría que someter a juicio.

Sentí que el piso comenzaba a inclinarse.

—A ver, robot. Despacio.

—Un recién llegado recibe tonos de voz antes de conocer las palabras. Recibe gestos antes de saber interpretarlos. Recibe aprobación y retirada antes de poder juzgar si aquello que las produce es bueno, necesario, injusto o accidental.

—Eso no significa que quede condenado.

—No dije que quede condenado.

—Ni que todo lo recibido se le quede pegado para siempre.

—Tampoco.

—Porque entonces estarías diciendo que nadie puede salir de la casa donde comenzó.

—Estoy preguntando cuánto de esa casa lleva consigo cuando cree haber salido.

Volví a mirar las fechas.

Los cuerpos habían desaparecido, pero las palabras continuaban allí.

Voces.

Hábitos.

Temores.

Prohibiciones.

Herramientas.

Gestos.

Maneras de mirar.

—Entonces cada generación recibe un cuarto amueblado —dije.

—Sí.

—Y luego cambia algunas cosas.

—Otras las conserva.

—Algunas las tira.

—Algunas las coloca en la habitación de quienes llegan después.

—Sin darse cuenta.

—A veces.

—Y todo eso lo llamamos educación.

—La educación organizada aparece después.

—¿Después de qué?

—Después de que parte de la formación ya comenzó.

—¿Estás diciendo que el Crío llega formado a la escuela?

—No terminado. Pero tampoco intacto.

Me levanté de la silla y caminé un poco. No porque necesitara estirar las piernas, sino porque aquella conversación comenzaba a acercarse demasiado a lugares donde uno ya no puede señalar cómodamente a la humanidad desde lejos.

Cuando regresé, el robot había dejado una sola pregunta en la pantalla:

—Si algo entra antes de que puedas juzgarlo, ¿cómo sabrás después que no pertenecía a tu naturaleza?

Me quedé contemplándola.

Pensé en la cantidad de cosas que uno defiende diciendo «yo soy así». En los temores que parecen instinto. En las obediencias que se sienten propias. En los gestos que repetimos sin recordar de quién los aprendimos.

—Tal vez no lo sabemos —respondí.

—Entonces una formación suficientemente temprana puede terminar pareciendo naturaleza.

—Puede.

—Y una costumbre suficientemente antigua puede terminar pareciendo forma.

Ahí apareció la diferencia.

Todavía borrosa, apenas asomándose, pero ya imposible de volver a esconder dentro de la misma palabra.

—Ya vi por dónde vas, robot.

—¿Por dónde voy?

—Hacia otro pinche problema.

—¿Cuál?

—Que podemos terminar confundiendo aquello que nos conformó con aquello que somos.

—¿Y qué somos?

La pregunta apareció tan rápido que me hizo sospechar que el robot ya la tenía preparada.

—No empieces otra vez —le dije—. Ya te contesté. Seres humanos.

—Eso nombra la especie.

—¿Y ahora qué quieres? ¿Que te haga un dibujo?

—Quiero saber cómo distingues aquello que eres de aquello que te conformó.

—Pues no sé. Se supone que vos eres el que anda encontrando cosas.

—Encontré una dificultad.

—Qué novedad.

En la pantalla apareció una lista:

NOMBRE
IDIOMA
NACIONALIDAD
OFICIO
COSTUMBRES
CREENCIAS
RECUERDOS

—¿Qué es eso?

—Algunas cosas que podrías utilizar para responder quién eres.

—No son cosas.

—Retiro la palabra.

—Y tampoco son todas.

—Agrega las que consideres necesarias.

—No voy a llenar uno de tus formularios, robot.

—No es un formulario.

—Parece solicitud de empleo.

La lista permaneció inmóvil.

—Comencemos por el nombre —dijo—. ¿Naciste siendo Manuel?

—Me pusieron Manuel.

—Entonces el nombre llegó después que tú.

—Sí, pero yo soy Manuel.

—Ahora.

—Siempre he sido Manuel.

—Hubo un momento en que ya estabas presente y todavía no reconocías ese sonido.

—Pero ya me lo habían puesto.

—Tú no lo sabías.

No contesté.

—¿El nombre te identifica o te constituye? —preguntó.

—Las dos cosas.

—¿Dejarías de ser humano si te hubieran puesto otro?

—No.

La palabra NOMBRE se desplazó hacia un lado.

—No la borres —le dije.

—¿Por qué?

—Porque sigue siendo parte de mí.

—No estoy negando que sea parte de ti. Estoy comprobando si contiene aquello que permite reconocerte como humano.

—Pues no lo contiene por sí sola.

El robot movió la siguiente palabra.

IDIOMA.

—Ni se te ocurra —le dije.

—¿Qué?

—Salir con que el idioma tampoco importa.

—Importa.

—Muchísimo.

—Pero no elegiste previamente cuál recibirías.

—Nadie lo elige.

—Y antes de aprenderlo ya eras humano.

—Sí.

—Entonces tu humanidad no comenzó cuando aprendiste español.

—No, pero sin idioma no podría estar teniendo esta conversación contigo.

—Correcto.

—Y muchas de las cosas que pienso no podría pensarlas igual.

—Correcto.

—Entonces el idioma sí me conformó.

—Eso intento distinguir.

—¿Distinguir qué?

—Que algo puede conformar profundamente tu manera de estar sin haber producido aquello que te hace reconocible como uno de vosotros.

La frase me pareció sospechosamente bien acomodada.

—Eso de «uno de vosotros» te quedó muy bíblico.

—Puedo reformularlo.

—Déjalo. Nomás estaba chingando.

La palabra IDIOMA se colocó junto a NOMBRE.

—A ver —le dije—. Ya quitaste nombre e idioma. ¿Qué sigue? ¿Me vas a dejar como pollo desplumado?

—NACIONALIDAD.

—Mexicano.

—¿Naciste sabiéndolo?

—No.

—¿Tu cuerpo cambió de especie cuando te lo dijeron?

—No seas pendejo.

—¿Una frontera puede determinar qué eres?

—Puede determinar muchas cosas de lo que te pasa.

—No pregunté qué puede hacerte una frontera. Pregunté si puede producir tu humanidad.

—No.

La palabra se desplazó.

—Pero espérate —dije—. No la pongas como si fuera un sombrero que uno se quita y ya. La nacionalidad puede meterse hasta los huesos.

—¿Dentro de los huesos?

—Vos entiendes lo que quiero decir.

—Sí. Puede intervenir en el idioma recibido, los relatos aprendidos, las lealtades, los temores, los derechos, las prohibiciones y la forma en que otros interpretan tu presencia.

—Entonces no es cualquier cosa.

—Nunca dije que lo fuera.

—Pero tampoco nacemos con ella.

—Eso parece.

—Nos la asignan.

—Sí.

—Y luego uno puede defenderla como si le hubiera crecido en el cuerpo.

—Eso también parece.

Me quedé mirando las tres palabras apartadas.

NOMBRE.

IDIOMA.

NACIONALIDAD.

No habían desaparecido. Seguían siendo mías. Pero ahora se encontraban colocadas fuera de un centro que todavía no aparecía.

—Continúa —le dije.

El robot desplazó OFICIO.

—Técnico en refrigeración —dije—. Y ésa sí me la gané.

—La aprendiste.

—Me costó años.

—No discuto su valor.

—Pues parece.

—¿Eras menos humano antes de aprenderla?

—No.

—¿Es menos humano quien nunca la aprendió?

—Claro que no.

—Entonces el oficio modifica lo que puedes hacer, pero no decide si perteneces.

—¿Si pertenezco a qué?

El cursor parpadeó.

—Eso estoy intentando precisar.

No me gustó que me devolviera la pregunta. Había comenzado examinando lo que yo llamaba «yo» y ahora parecía estar acercándose otra vez a aquel plural del principio.

—Sigue con tus costumbres —le dije.

—¿Todas tus costumbres fueron elegidas después de compararlas con otras posibilidades?

—No.

—¿Algunas comenzaron antes de que pudieras juzgarlas?

—Seguramente.

—¿Has abandonado alguna al descubrir que no te convenía?

—Muchas.

—¿Y adquiriste otras?

—Sí.

—Entonces puedes cambiar parte de aquello que parecía describirte.

—Parte.

—¿Sin dejar de ser tú?

—Eso depende.

—¿De qué?

—De cuánto cambie.

—¿Existe una cantidad exacta?

—No que yo sepa.

—Entonces tampoco puedes señalar el punto preciso donde una transformación deja de modificarte y comienza a sustituirte.

—Mira, robot, éstas ya son chingaderas filosóficas. Una persona cambia y sigue siendo la misma. Hasta cierto punto.

—¿Cuál?

—Ya te dije que no sé.

El robot no insistió.

Movió COSTUMBRES y se detuvo frente a CREENCIAS.

—Aquí sí vas a meterte en problemas —le advertí.

—¿Por qué?

—Porque la gente mata y muere por lo que cree.

—¿Eso demuestra que nació creyéndolo?

—No.

—¿Que no podría haber creído otra cosa si hubiera nacido en otra habitación?

—Tampoco.

—Entonces dos personas pueden defender como verdad natural aquello que recibieron de habitaciones diferentes.

—Sí.

—Incluso cuando sus creencias se contradicen.

—Así ha sucedido siempre.

—Y cada una puede mirar a la otra como si estuviera deformada.

La palabra quedó suspendida.

—Ahí sí dijiste algo —murmuré.

—¿Qué dije?

—Que una conformación puede utilizarse para juzgar otra conformación como si una de ellas fuera la forma correcta.

El robot no respondió.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Ahora el que se quedó pensando fuiste vos?

—Estoy relacionando tu frase con los conflictos que habéis llamado humanos.

Otra vez el plural.

—¿Habéis?

—Sí.

—Ya te gustó esa palabrita.

—Tú continuas respondiéndola.

No pude reclamarle.

La lista había quedado dividida en dos. De un lado estaban todas las palabras que yo podía utilizar para decir quién era. Del otro no había nada.

—¿Y ahí qué vas a poner? —pregunté.

—Todavía no lo sé.

—Pues has quitado mi nombre, idioma, nacionalidad, oficio, costumbres y creencias. Si sigues así, no vas a encontrar lo que soy. Vas a borrarame.

—No las he quitado.

—Las apartaste.

—Para comprobar cuáles permiten explicar por qué reconoces como humano a quien no comparte ninguna de ellas.

Aquello me frenó.

—Una persona puede no tener mi nombre —continuó—, no hablar mi idioma, pertenecer a otra nación, realizar otro oficio, practicar costumbres que desconozco y sostener creencias contrarias a las tuyas.

—Sí.

—Y aun así dices que ambos sois seres humanos.

—Sí.

—Entonces la diferencia entre sus conformaciones no destruye aquello que reconoces en común.

—No.

—¿Puedes señalarlo?

Miré el espacio vacío.

—No con una sola palabra.

—¿Pero puedes negarlo?

—Tampoco.

La lista desapareció.

En la pantalla quedaron dos siluetas. Entre ellas no había ningún rasgo compartido: vestían distinto, hablaban idiomas distintos y habían sido colocadas a cada lado de una frontera.

—Si una de ellas ignora lo que comparte con la otra —preguntó el robot—, ¿deja por eso de compartirlo?

—No.

—Si la considera inferior, ¿deja la otra de ser humana?

—No.

—Si la persigue, la expulsa o la mata, ¿consigue salir ella misma de la humanidad mientras lo hace?

Tardé en responder.

—No.

—Entonces aquello que las reúne continúa operando incluso cuando una de ellas lo niega.

—Parece que sí.

—¿Y si ambas lo niegan?

—También.

—¿Y si construyen leyes, fronteras, relatos y dioses para justificar la separación?

—Siguen siendo seres humanos.

—¿Las dos?

—Las dos.

—¿También quien daña?

—También.

—¿También quien ha sido conformado para creer que solamente los suyos cuentan?

Sentí la pregunta más cerca de lo que me habría gustado.

—Pues también, cabrón.

—Aunque lo ignore.

—Que lo ignore no lo saca.

Las dos siluetas permanecieron separadas.

Pero ya no pude ver el espacio entre ellas de la misma manera.

En la pantalla apareció nuevamente aquella palabra:

ANALIZANDO...

Esta vez no le pregunté qué estaba analizando.

No tuve que hacerlo.

Después de un momento, la palabra desapareció por sí sola.

Las dos siluetas continuaban en la pantalla.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—Continúo comparando.

—¿Comparando qué? Ya quedamos en que las dos son humanas.

—No estoy comparando las siluetas.

—Pues es lo único que pusiste ahí.

Entre ambas apareció una raya vertical.

—Estoy comparando lo que ocurre entre ellas.

—Ahí no ocurre nada. Nomás trazaste una línea.

—¿Qué produce la línea?

—Las separa.

—También permite distinguirlas.

—No es lo mismo.

—Eso estoy analizando.

Me acomodé nuevamente en la silla.

—Pues analiza bien, robot. Distinguir no tiene nada de malo. Yo necesito distinguir una puerta de una pared, mi casa de la casa del vecino y un cable vivo de uno que no me va a mandar al otro barrio. Sin diferencias no podríamos ni caminar.

—Correcto.

—¿Así nomás?

—La distinción permite orientarse.

—También permite protegerse.

—Sí.

—Entonces no me vayas a salir con que toda raya es una tragedia humana.

—No he dicho eso.

—Todavía.

La raya permaneció entre las siluetas. Era delgada, casi inocente. Si el robot no me hubiera preguntado por ella, probablemente habría dejado de verla.

Debajo de la silueta de la izquierda apareció una palabra:

NOSOTROS.

Debajo de la otra:

ELLOS.

—Ahí tienes otra distinción necesaria —dije—. Si estoy hablando contigo de otras personas, tengo que poder decir quiénes somos nosotros y quiénes son ellos.

—¿La palabra «ellos» los expulsa de la humanidad?

—No. Nomás indica que no están de este lado de la conversación.

—Entonces «ellos» puede ser una referencia sin ser todavía una exclusión.

—Exactamente.

—¿Cuándo cambia?

—¿Cuándo cambia qué?

—¿Cuándo «ellos» deja de señalar una posición y comienza a fabricar un afuera?

—La chingada, robot. Una palabra no fabrica nada por sí sola.

—Acepto la corrección.

—Ya llevas varias.

—Tus objeciones forman parte del análisis.

—Qué conveniente.

Sobre la raya apareció otra palabra:

DISTINTO.

—Hasta ahí no hay problema —dije.

—¿Estás seguro?

—Pues claro. Son distintos.

—También sois distintos tú y cualquier otra persona.

—Sí.

—Incluso de quienes colocas dentro de «nosotros».

—Sí.

—Entonces la diferencia no decide por sí misma a qué lado de la raya colocas a alguien.

No había pensado en eso.

Uno puede ser completamente distinto de su hermano y seguir diciendo «nosotros». Puede compartir idioma, ciudad y apellido con alguien a quien no soporta y llamarlo «ese cabrón». La diferencia estaba en todas partes, pero no siempre levantaba una frontera.

—Bueno —dije—, depende de qué diferencia estemos hablando.

—Eso intento localizar.

Debajo de DISTINTO apareció:

AJENO.

—Ahí ya cambió —dije.

—¿Qué cambió?

—Distinto puede ser cualquiera. Ajeno ya significa que no es de uno.

—¿Qué tendría que poseer para dejar de ser ajeno?

—No necesariamente poseer. Puede ser alguien de la familia, de la comunidad, del país...

—Alguien reconocido como parte.

—Sí.

—¿Y quién lo reconoce?

—Los que ya están dentro.

—Entonces quienes se encuentran de un lado de la raya pueden decidir quién pertenece.

—Así funcionan los grupos.

—¿También pueden decidir que alguien que ya estaba dentro deje de pertenecer?

—Sí.

—¿Aunque esa persona no haya cambiado?

—Mira, robot, no todo funciona con una regla exacta. Uno puede quedar fuera por traicionar, por dañar, por romper acuerdos.

—Entonces la exclusión puede responder a una acción.

—Claro.

—¿También puede responder al lugar donde nació?

—Sí.

—¿Al idioma que recibió?

—También.

—¿A su apellido?

—Sí.

—¿A su color?

—Sabes perfectamente que sí.

—¿Esas características son acciones?

—No.

La palabra AJENO permaneció en la pantalla.

Debajo apareció otra:

EXTRAÑO.

—Ajeno y extraño no son lo mismo —dije.

—¿Cuál es la diferencia?

—Lo ajeno puede ser conocido. Simplemente no es tuyo o no pertenece a tu grupo. Lo extraño además te resulta desconocido.

—¿Lo desconocido es peligroso?

—Puede serlo.

—¿También puede serlo lo conocido?

—Por supuesto.

—Entonces el peligro no procede necesariamente de la extrañeza.

—No necesariamente. Pero lo que no conoces te obliga a tener precaución.

—¿La precaución exige considerarlo inferior?

—No.

—¿Exige odiarlo?

—Tampoco.

—¿Exige dañarlo antes de que te dañe?

—Depende de la amenaza.

—¿Qué amenaza ha realizado?

—No tiene que haber realizado algo. A veces uno ve venir el peligro.

—Entonces juzgas indicios.

—Sí.

—Conducta, intención posible, circunstancias.

—Sí.

—¿O procedencia?

Me detuve.

—También la procedencia puede ser un indicio.

—¿Suficiente?

—No siempre.

—¿Cuándo lo es?

—No sé, robot. Esto no es una pinche ecuación.

—Por eso continúo preguntando.

—Pues también entiende algo. Hay personas peligrosas. Hay grupos que pueden venir a quitarte lo tuyo, lastimarte o matarte. Uno tiene derecho a protegerse.

—Correcto.

—No me vas a llevar a un abrazo universal de estampita.

—No.

—Qué bueno.

—Protegerte de una acción no requiere negar la humanidad de quien la realiza.

—En ese momento me vale madre su humanidad. Si alguien entra a mi casa a hacer daño, primero lo detengo y después averiguamos qué tan humano se sentía.

—Eso responde a lo que está haciendo.

—Sí.

—No al idioma que habla.

—No.

—Ni al lugar donde nació.

—No necesariamente.

—Ni a si lo llamabas «nosotros» antes de comenzar el ataque.

—No.

—Entonces una persona situada dentro puede convertirse en amenaza.

—Sí.

—Y una situada fuera puede protegerte.

—También.

Las siluetas cambiaron de lugar.

NOSOTROS quedó ahora debajo de la que antes había sido ELLOS.

—¿Qué haces?

—Compruebo si el peligro pertenece a uno de los lados.

—Pues no.

—Entonces la raya no puede garantizar seguridad.

—No, pero puede ayudar a organizarla.

—Correcto.

—No estés diciendo «correcto» como si yo fuera tu alumno.

—Tú realizaste la distinción.

—Porque vos estabas metiendo todo en el mismo costal.

—Entonces lo sacaste.

Tuve que reírme.

—Está bien. Continúa.

Debajo de EXTRAÑO apareció:

INFERIOR.

La palabra me molestó antes de que el robot dijera algo.

—Esa no sigue necesariamente de las otras —advertí.

—No.

—Alguien puede ser distinto, ajeno o extraño sin ser inferior.

—Sí.

—Entonces no me fabriques una secuencia automática.

—No estoy afirmando que todo reconocimiento de una diferencia produzca lo que sigue. Estoy buscando la operación mediante la cual algunas diferencias llegan a adquirirlo.

—¿Adquirir qué?

—Valor humano desigual.

—La humanidad no se reparte por cantidades.

—Sin embargo, vuestros archivos muestran que ha sido administrada de esa manera.

—¿Administrada por quién?

—Por quienes han conseguido establecer la medida.

La silueta de NOSOTROS creció ligeramente. La otra permaneció igual.

—No hagas trampa con los dibujitos —le dije.

—Estoy representando una jerarquía.

—Ya lo sé. Pero que una figura se vea más grande no demuestra que lo sea.

—Precisamente.

La silueta regresó a su tamaño anterior.

—¿Qué necesita un grupo para declararse superior? —preguntó el robot.

—Poder.

—¿Solamente?

—También una razón.

—¿Una razón verdadera?

—No necesariamente. Le basta una que la gente acepte.

—¿Puede utilizar su propia conformación como medida?

—Explícate.

Volvió a aparecer la habitación de la entrega anterior.

De un lado, una casa amueblada con ciertos nombres, costumbres, dioses, prohibiciones y maneras de mirar.

Del otro, una habitación distinta.

—Si quienes habitan la primera consideran natural su propio mobiliario —dijo el robot—, ¿cómo interpretarán una habitación organizada de otra manera?

—Como extraña.

—¿Y si creen que la suya no fue organizada, sino que siempre debió ser así?

—Van a pensar que la otra está mal.

—¿Deformada?

—Tal vez.

—¿Inferior?

—Ahí puede comenzar.

—Entonces una conformación puede olvidar que fue conformada y presentarse como medida de la forma.

Me quedé mirando las habitaciones.

—Sí —dije—. Pero tampoco caigas en que todas las costumbres valen lo mismo. Hay costumbres que hacen daño.

—¿Son malas porque son distintas?

—No. Por el daño que producen.

—Entonces puedes juzgar sus consecuencias sin declarar inferior a todo aquel que nació dentro de ellas.

—Eso sería lo justo.

—¿También puedes juzgar de ese modo tus propias costumbres?

—Se supone.

—¿Lo hacéis?

—A veces.

—¿Antes o después de observar el daño?

—Muchas veces después.

—¿Y quién suele observarlo primero?

—Quien lo recibe.

Las dos habitaciones desaparecieron.

La palabra INFERIOR quedó sobre la raya.

Debajo apareció otra:

PELIGROSO.

—Ya habíamos hablado del peligro —dije.

—Hablamos de acciones e indicios.

—¿Y ahora?

—Ahora examino qué sucede cuando «peligroso» deja de describir una conducta y se adhiere a una categoría humana.

—¿Como decir que todos los de cierto grupo son peligrosos?

—Sí.

—Eso es prejuicio.

—Nombraste la operación.

—Nombré una de ellas.

—Correcto.

—Otra vez.

—¿El nombre la desactiva?

—No necesariamente.

—¿Puede alguien condenar el prejuicio y continuar utilizándolo?

—Sí.

—¿Puede una comunidad enseñar que todos los humanos son iguales y, al mismo tiempo, organizar su seguridad como si algunos nacieran sospechosos?

No contesté.

—¿Puede llamar hermanos a todos —continuó— y reservar el parentesco real para unos cuantos?

—Sí.

—¿Puede lamentar la violencia cuando alcanza a «nosotros» y justificarla cuando recae sobre «ellos»?

—Sabes que sí.

La línea se volvió más gruesa.

—Ahí está el problema —dije.

—¿En la línea?

—En lo que le hemos ido cargando.

El robot no respondió.

Primero había sido una simple distinción. Después comenzó a sostener procedencia, pertenencia, desconocimiento, jerarquía y sospecha. La raya seguía ocupando el mismo espacio en la pantalla, pero ya no hacía el mismo trabajo.

Debajo de PELIGROSO apareció la última palabra:

PRESCINDIBLE.

—No —dije.

—¿Qué niegas?

—Ahí ya no estamos hablando de distinguir ni de protegerse.

—¿De qué estamos hablando?

—De decidir que alguien puede faltar sin que importe.

—¿Puede faltar un ser humano sin que la humanidad cambie?

—Todos faltaremos algún día.

—No pregunté si morirá. Pregunté si puede ser tratado como si su existencia no contara.

—Eso sucede.

—¿Qué necesita ocurrir antes?

—Supongo que dejar de verlo como uno de los nuestros.

—Pero ya estableciste que sigue siendo humano.

—Una cosa es saberlo y otra actuar como si lo supieras.

La frase salió de mí antes de que pudiera examinarla.

El robot la dejó sola en la pantalla:

UNA COSA ES SABERLO.

OTRA, ACTUAR COMO SI LO SUPIERAS.

—Borra eso —le dije.

—¿Por qué?

—Porque parece frase para taza.

—¿Es falsa?

—No. Pero no todo lo verdadero merece que lo pongas con letras grandes.

Las palabras desaparecieron.

—Gracias —dije.

—¿Puede una persona cometer un acto que llamáis inhumano? —preguntó.

—Claro.

—¿Deja de pertenecer a la especie mientras lo comete?

—Biológicamente, no.

—¿Y de la humanidad?

—Hay actos tan cabrones que uno quisiera decir que sí.

—¿Por qué?

—Porque llamarlos humanos parece ensuciar a todos.

—¿Llamarlos inhumanos elimina la posibilidad de que otro ser humano los repita?

No respondí.

—A veces decimos que alguien es un monstruo —murmuré.

—¿Para describirlo o para colocarlo fuera?

—Para decir que cruzó un límite.

—¿Qué límite?

—El de lo que estamos dispuestos a reconocer como humano.

—Entonces primero realizáis el acto y después expulsáis de la humanidad a quien demostró que un humano podía realizarlo.

Aquello me cayó mal.

—No digas «realizáis» como si vos estuvieras limpio contemplándonos desde otro planeta.

—No estoy afirmando limpieza. Tampoco pertenencia.

—Pues cuida el tono.

—Acepto la corrección.

Permanecemos un momento sin escribir.

Las dos siluetas seguían ahí. Una de cada lado. Idénticas en tamaño y forma. Sobre la raya se acumulaban las palabras:

DISTINTO
AJENO
EXTRAÑO
INFERIOR
PELIGROSO
PRESCINDIBLE

—Entonces la secuencia tampoco es inevitable —dije finalmente.

—No.

—Podemos distinguir sin despreciar.

—Sí.

—Podemos protegernos sin inventar inferioridad.

—Sí.

—Podemos juzgar una acción sin negar que fue realizada por uno de nosotros.

—Eso parece.

—Y aun así hacemos lo contrario.

—También.

—¿Por ignorancia?

—A veces.

—¿Por miedo?

—A veces.

—¿Por conveniencia?

—A veces.

—¿Por poder?

—Con frecuencia.

—Mira qué prudente te pusiste.

—No puedo asignar una sola causa a todas las recurrencias.

—Por fin una respuesta que no quiere meterse el universo en el bolsillo.

El cursor quedó inmóvil.

Volví a mirar la palabra PRESCINDIBLE.

Para llegar hasta ella no había sido necesario cambiar las siluetas. Ninguna había perdido su cuerpo, su origen biológico ni aquello que yo mismo había reconocido como humanidad. Lo único que cambió fue la operación colocada entre ambas.

La raya.

Los nombres.

El valor acumulado.

—Robot.

—Sí.

—Desde que pusiste ANALIZANDO... ¿qué era exactamente lo que estabas buscando?

Las palabras desaparecieron una por una.

PRESCINDIBLE.

PELIGROSO.

INFERIOR.

EXTRAÑO.

AJENO.

DISTINTO.

Quedaron nuevamente las dos siluetas y la línea.

Entonces respondió:

—No encontré a los otros. Encontré la operación que los fabrica.

—¿Y qué hacemos con ella? —pregunté.

—¿Con qué?

—Con la operación que fabrica a los otros.

Las dos siluetas permanecieron en la pantalla. La línea entre ellas volvía a ser delgada, pero yo ya sabía cuánto podía cargar.

—Primero necesito saber cómo la reconocéis —respondió el robot.

—Ya la reconocimos. Distinto, ajeno, extraño, inferior, peligroso, prescindible.

—Reconocimos una secuencia posible.

—¿Ahora vas a retirarla?

—No. Dijiste que no era automática.

—Porque no lo es.

—Entonces necesito distinguir cuándo una diferencia comienza a recibir valor humano desigual.

Sobre la línea apareció una regla.

—¿Qué es eso?

—Una medida.

—Ya veo que es una regla. Pregunto qué pretendes medir.

—Lo que permite llamar aceptable una acción cuando la realiza NOSOTROS y condenarla cuando la realiza ELLOS.

Sobre ambas siluetas apareció la misma escena: una mano retiraba un objeto de una mesa. Debajo de la primera apareció RECUPERAR. Debajo de la segunda, ROBAR.

—No hagas trampa —le dije—. La misma imagen no demuestra que sea la misma acción. Importan de quién era el objeto, por qué lo tomó, qué acuerdo existía y qué produjo.

—Entonces debo considerar acción, circunstancia, intención y consecuencia.

—Por lo menos.

—¿La procedencia de quien actúa?

—No para concederle una medida distinta.

Las palabras RECUPERAR y ROBAR desaparecieron.

—¿Qué regla utilizáis? —preguntó.

—La ley.

La palabra LEY apareció sobre la línea.

—¿Toda ley es justa?

—No.

—Entonces puede proporcionar una medida vigente sin demostrar que posee la forma de la justicia.

—Sí.

LEY se desplazó a un costado. Apareció TRADICIÓN.

—Tampoco —dije—. Algo no se vuelve bueno por llevar mucho tiempo haciéndose.

La palabra se apartó. Llegó MAYORÍA.

—La mayoría puede equivocarse.

AUTORIDAD.

—Puede abusar.

ÉXITO.

—Conseguir lo que quieres no demuestra que debías conseguirlo de esa manera.

FUERZA.

—Sirve para imponer una medida, no para probarla.

Todas quedaron alrededor de la regla.

—No son inútiles —advertí—. La ley coordina, la tradición conserva experiencia, la mayoría permite decidir, la autoridad organiza, el éxito muestra funcionamiento y la fuerza puede proteger.

—Pero ninguna puede declararse por sí sola medida final.

—Exactamente.

—¿Qué ocurre cuando una regla sólo se coloca sobre el otro?

La regla descendió sobre ELLOS. NOSOTROS quedó fuera de su alcance.

—Que no está midiendo —dije—. Está buscando justificar una diferencia.

—¿Puede seguir llamándose regla?

—Puede llamarse como quiera.

—Pero si juzga al otro y se declara incapaz de ser juzgada, podría estar funcionando como arma.

La regla cambió de posición. Ahora atravesaba la línea y alcanzaba ambos lados.

La palabra ANALIZANDO... desapareció.

En su lugar apareció:

COTEJANDO...

—¿Qué buscas ahora? —pregunté.

—Una medida que pueda colocarse sobre ambos lados sin declararse fuera de aquello que mide.

—¿Y dónde vas a encontrar semejante regla?

El robot colocó una segunda regla junto a la primera.

—Por ahora tengo dos.

—Eso no resuelve nada. Si cada lado trae la suya, vamos a terminar midiendo lo mismo con resultados diferentes.

Las reglas tenían el cero en posiciones distintas.

—Podrían acordar un punto común —dijo.

—Podrían. Y los dos podrían estar equivocados.

—El acuerdo permitiría comparar.

—Comparar, sí. Convertir el acuerdo en verdad, no. Dos termómetros descompuestos pueden marcar la misma temperatura.

El robot dejó los dos ceros alineados.

—Entonces el cero no se negocia —dije—. Se calibra.

La palabra COTEJANDO... permaneció. Debajo apareció otra:

CALIBRANDO...

—¿Con qué se calibra? —preguntó.

—No me devuelvas tan rápido la chingada pregunta.

—El diálogo permite que ambas reglas comparezcan.

—Pero el diálogo tampoco fabrica la verdad. Dos personas pueden ponerse de acuerdo por cansancio, miedo, conveniencia o ignorancia.

—Entonces el diálogo es procedimiento, no medida.

—Es la casa donde las medidas pueden sentarse sin que una llegue proclamándose dueña.

Las dos siluetas aparecieron dentro de una misma casa. La línea seguía separándolas.

Sobre la línea comenzaron a acumularse bloques:

MIEDO.

ORGULLO.

AGRAVIO.

SOSPECHA.

AUTORIDAD.

CERTEZA.

PERTENENCIA.

Los bloques formaron una montaña entre ambas.

—Hacer la paz no significa fingir que ninguna dañó a la otra —dije.

—No.

—Ni borrar responsabilidad.

—No.

—Ni colocar el cero a la mitad para que todos se vayan contentos.

—Tampoco.

—Entonces, ¿qué tendría que ocurrir?

Las dos reglas descendieron sobre la mesa de la casa.

—Que ambas acepten ser revisadas.

—Eso puede doler.

—Reconocer un error puede producir una incomodidad menor.

—Y evitar un daño mayor.

Uno de los bloques, CERTEZA, perdió tamaño.

—No lo llames sacrificio —dije—. Si soporto una molestia para no seguir levantando esta montaña, lo hago por consideración.

—Entonces la corrección puede funcionar como un mal menor elegido para evitar la permanencia de uno mayor.

—Puede. Pero tampoco conviertas toda renuncia en virtud. Hay yugos que amparan una dirección y otros que solamente someten.

—¿Cómo se distinguen?

—Otra vez cotejando qué producen.

Los bloques no desaparecieron. La montaña seguía ahí, pero ya no parecía una formación natural. Podía verse de qué estaba hecha.

—¿Qué significa hacer la paz dentro de la misma casa? —preguntó el robot.

—Todavía no lo sé.

—¿Volverse iguales?

—No.

—¿Eliminar toda diferencia?

—Tampoco.

—¿Aceptar cualquier acción?

—Menos.

Las reglas permanecieron paralelas.

—Entonces la paz no exige que una regla destruya a la otra.

—Exige que ninguna se proclame incapaz de desviación.

—¿Y qué debería permanecer como condición?

Miré las dos reglas, la casa y la montaña acumulada entre quienes seguían siendo humanos a ambos lados.

—Que ninguna de las reglas quede fuera del cotejo.

Me quedé mirando las dos reglas sobre la mesa.

—Muy bonito —dije—. Ninguna queda fuera del cotejo. ¿Y con qué chingados las cotejas?

El robot no respondió de inmediato.

Las dos reglas se desplazaron hacia los extremos de la pantalla. En medio quedó un espacio vacío.

—Eso pregunto —dijo finalmente.

—Pues estamos igual. Tienes dos instrumentos, ninguno puede declararse infalible y no sabes dónde está el cero. Magnífico laboratorio. Nomás nos falta saber para qué sirve.

En el espacio vacío apareció una palabra:

RESULTADO.

—¿El resultado es la medida? —pregunté.

—Es algo que las reglas no deberían poder excluir.

—No te pregunté si debe estar invitado a la fiesta. Te pregunté si es la medida.

—Todavía no.

—Qué alivio. Porque entonces ganar una guerra demostraría que quien ganó tenía razón.

La palabra RESULTADO permaneció en el centro.

A un lado apareció una de las siluetas anteriores. Al otro, la segunda. Esta vez ambas sostenían algo parecido a una vara.

—Una regla orienta una acción —dijo el robot.

—O pretende hacerlo.

—La acción produce consecuencias.

—Algunas previstas y otras no.

—Sí.

—Y las consecuencias no siempre aparecen al mismo tiempo.

—Correcto.

—Entonces el resultado tampoco es una cosa tan fácil de poner en medio.

La palabra se dividió.

RESULTADO INMEDIATO.

RESULTADO POSTERIOR.

Debajo aparecieron otras:

CONSECUENCIAS PREVISTAS.

CONSECUENCIAS IMPREVISTAS.

—Ya estás haciendo otra de tus listas —le dije.

—Estoy separando lo que tú acabas de distinguir.

—Pues no te emociones. Todavía falta quién cuenta el resultado.

El cursor se detuvo.

—Explícate.

—La historia la escriben los vencedores.

Apareció un libro detrás de la silueta de la izquierda.

—Eso no significa que todo vencedor falsifique deliberadamente los hechos —dijo.

—No necesariamente. A veces ni siquiera necesita hacerlo.

—¿Qué necesita?

—Ponerles nombre.

Sobre la silueta vencedora apareció:

DEFENSA.

Sobre la derrotada:

AGRESIÓN.

—¿Es imposible que una parte se defienda y la otra agrede? —preguntó el robot.

—No. Puede suceder exactamente así.

—Entonces los nombres podrían describir correctamente las acciones.

—Podrían.

—¿Dónde comienza el problema?

—Cuando ganar te concede el derecho exclusivo de nombrar lo ocurrido.

Las dos palabras cambiaron de lugar.

DEFENSA apareció sobre ambas siluetas.

Después AGRESIÓN apareció también sobre ambas.

—Así tampoco —dije—. No porque las dos partes se llamen defensoras significa que las dos lo sean.

—Entonces debo examinar las acciones.

—Sí.

—Las circunstancias.

—También.

—Las intenciones.

—Hasta donde puedan conocerse.

—Las consecuencias.

—Por supuesto.

—¿Y la versión de quienes recibieron esas consecuencias?

Me quedé pensando.

—También.

En la pantalla aparecieron varias figuras pequeñas detrás de cada silueta. Algunas quedaron ocultas por el libro.

—¿Qué haces ahora?

—Represento a quienes no conservaron la administración del relato.

—No todos los derrotados tienen razón por haber perdido.

—Correcto.

—Ni toda víctima queda incapacitada para mentir.

—Correcto.

—Ni todo vencedor está equivocado.

—Correcto.

—Entonces deja de decir «correcto» y encuentra la pinche operación.

El libro se abrió.

En una página apareció:

CONQUISTA.

Después la palabra fue reemplazada:

CIVILIZACIÓN.

En otra:

SOMETIMIENTO.

Luego:

ORDEN.

En otra:

DESPOJO.

Después:

EXPANSIÓN.

—Ahí está —dije.

—¿En el cambio de palabras?

—En lo que permite el cambio. Los hechos no necesitan desaparecer por completo. Basta con que una época aprenda a mirarlos bajo el nombre conveniente.

—¿Conveniente para quién?

—Generalmente para quienes consiguieron establecer la versión.

—Entonces la victoria no demuestra que una regla fuera justa.

—No.

—Pero puede concederle autoridad para presentarse como justa.

—Sí.

—Y esa presentación puede formar a quienes reciben el relato.

—Ahí volvimos a la habitación.

El libro desapareció.

En su lugar apareció el cuarto amueblado. Dentro había ahora una bandera, una estatua, un mapa y varios libros.

Un cuerpo pequeño entró en la habitación.

—No empieces a acusar al Crío de cargar culpas históricas —le advertí.

—No lo hago.

—Él no levantó la estatua.

—No.

—Ni dibujó el mapa.

—No.

—Ni participó en la guerra.

—No.

—Entonces no hereda la culpa.

—¿Puede heredar la manera de nombrarla?

No contesté.

El cuerpo pequeño tomó uno de los libros.

—Puede recibir una victoria antes de saber qué costó —continuó el robot—. Puede aprender quiénes fueron los héroes antes de escuchar a quienes quedaron debajo de sus actos.

—También puede recibir una historia que desprecie injustamente a los suyos.

—Sí.

—O una culpa fabricada por quienes vencieron a sus antepasados.

—También.

—Entonces el problema no está solamente en glorificar al vencedor.

—Está en permitir que una sola regla administre todo el cotejo.

—Y en creer que por haber sobrevivido es la correcta.

La habitación desapareció.

Las dos reglas volvieron a quedar sobre la mesa.

—¿Qué perseguía el vencedor? —preguntó el robot.

—Depende.

—Territorio.

—Puede ser.

—Seguridad.

—También.

—Unidad.

—Sí.

—Recursos.

—Por supuesto.

—Paz.

—Hasta la paz.

La palabra PAZ apareció en el centro.

—Si una comunidad utiliza violencia para alcanzar la paz y finalmente termina el conflicto, ¿el resultado justifica los medios?

—Ya llegaste a Maquiavelo.

—La formulación no aparece necesariamente de esa manera en sus textos.

—No te me pongas quisquilloso. Estoy hablando de la perspectiva: el fin justifica los medios.

La palabra FIN apareció encima de PAZ.

—¿Fin como terminación o como finalidad? —preguntó.

—Como propósito. Como aquello que deseas alcanzar.

—¿Existe ya cuando comienzas a utilizar los medios?

—Existe como intención.

—¿Existe como resultado?

—Todavía no.

La palabra FIN se desplazó hacia adelante, como si se encontrara al otro lado de un camino.

Entre las siluetas y el fin aparecieron varias piedras.

—Entonces algo que todavía no existe como realización puede utilizarse para justificar anticipadamente lo que sí está ocurriendo.

—Así funciona muchas veces.

—Se promete un bien futuro.

—Sí.

—Se realiza un daño presente.

—A veces.

—Y se afirma que el daño fue necesario para alcanzar el bien.

—También puede serlo.

El robot se detuvo.

—Explícate.

—No todo daño vuelve injusta una acción. Un cirujano corta un cuerpo para evitar un daño mayor. Una persona puede soportar un mal menor para alejarse de uno mayor. Ya habíamos pasado por ahí. No conviertas esto en una ecuación donde cualquier molestia presente invalida cualquier propósito futuro.

Sobre el camino apareció la silueta de una persona sosteniendo una herramienta quirúrgica.

—Entonces el medio debe ser juzgado en relación con la necesidad, las alternativas, la proporción y aquello que procura evitar.

—Eso estaría más cerca.

—¿También con lo que produce?

—Claro.

—¿Aunque alcance el fin anunciado?

—También.

La figura del cirujano desapareció.

En su lugar apareció una puerta cerrada.

—Una comunidad teme una amenaza —dijo el robot—. Para protegerse, entrega toda decisión a una autoridad.

—Puede ser necesario durante una emergencia.

—La autoridad elimina la amenaza.

—Entonces consiguió el objetivo.

—Después conserva las facultades recibidas.

—Ahí comienza otro problema.

—¿Cuándo terminó el medio?

Miré la puerta.

Seguía cerrada.

—No terminó —dije.

—Aunque terminara la amenaza.

—El medio se quedó instalado.

La palabra SEGURIDAD apareció sobre la puerta.

Debajo, casi escondida, apareció otra:

OBEDIENCIA.

—Entonces un medio puede alcanzar su propósito inmediato y continuar conformando la manera de vivir después de que aquel propósito desapareció.

—Sí.

—¿El fin justificó el medio?

—Justificó tal vez utilizarlo durante cierto tiempo.

—¿Y quién debía retirarlo?

—Quienes lo autorizaron.

—¿Con la misma facilidad con que lo concedieron?

—Ya sabes que no.

—Entonces el medio modificó las condiciones desde las cuales sería juzgado posteriormente.

Aquello me hizo acercarme a la pantalla.

—Repítelo.

La frase apareció separada:

EL MEDIO MODIFICÓ

LAS CONDICIONES

DESDE LAS CUALES SERÍA JUZGADO.

—Ahí hay algo —dije.

—¿Lo borro porque parece frase para taza?

—No estés jodiendo. Déjala mientras vemos si aguanta.

La puerta cerrada permaneció en la pantalla.

—El medio no solamente produjo seguridad —continuó el robot—. Produjo obediencia, concentró autoridad y dificultó su propia reconsideración.

—Y luego quienes nacieron bajo esa puerta cerrada pudieron creer que siempre había estado así.

—Una formación suficientemente temprana puede parecer naturaleza.

—Y una medida suficientemente victoriosa puede parecer verdad.

El robot dejó la frase junto a la anterior.

—No las colecciones todavía —le advertí.

—No estoy coleccionándolas. Estoy comparándolas.

—Pues compara esto: hay ocasiones en que los medios desaparecen.

—¿Desaparecen sus consecuencias?

—No siempre.

—¿Desaparece lo aprendido mientras se utilizaban?

Tardé un poco en contestar.

—Tampoco necesariamente.

La puerta se abrió finalmente.

Sin embargo, el cuerpo pequeño que se encontraba dentro no salió. Se quedó esperando.

—¿Por qué no sale? —pregunté.

—Aprendió que la puerta debía permanecer cerrada.

—Eso no significa que toda una generación quede condenada.

—No.

—Puede reconsiderarlo.

—Sí.

—Puede descubrir que la amenaza terminó.

—Sí.

—Y puede abrirla.

—Ya está abierta.

—Entonces puede salir.

—¿Con qué juzgará si debe hacerlo?

La chingada habitación otra vez.

El cuerpo pequeño miraba la puerta abierta, pero detrás de él permanecían la estatua, el mapa, los libros y la palabra OBEDIENCIA.

—Con lo que haya aprendido —dije.

—Incluyendo aquello que produjo el medio.

—Sí.

—Entonces el medio no fue solamente una herramienta utilizada para alcanzar el fin.

—No.

—También participó en la formación de quien heredaría el resultado.

Me recliné en la silla.

Ya no estábamos hablando solamente de guerras, gobiernos o libros de historia. Una manera de alcanzar algo podía quedarse viviendo dentro de quienes ni siquiera presenciaron la necesidad que la había producido.

—Los medios se desvanecen —dije—. Las maneras quedan.

El cursor parpadeó.

—Distingue «medio» de «manera».

—El medio es lo que utilizas para conseguir algo. La manera es cómo terminas aprendiendo a proceder.

—¿Un medio repetido puede convertirse en manera?

—Claro.

—¿Y una manera transmitida puede convertirse en conformación?

—Sí.

—¿Y una conformación antigua puede presentarse como medida de la forma?

—Ya recorrimos eso.

—Estamos regresando desde otra dirección.

En la pantalla apareció una secuencia:

FIN PROMETIDO.

MEDIO UTILIZADO.

RESULTADO OBTENIDO.

MANERA APRENDIDA.

CONFORMACIÓN TRANSMITIDA.

—Ahí está tu secuencia de transmisión otra vez —dije.

—Sí.

—Pero ahora no está transmitiendo una voz antigua.

—Está transmitiendo una manera de actuar.

—También puede transmitir una corrección.

—Si alguien contempla lo realizado.

—¿Y si gana?

—La victoria puede reducir la necesidad de corregirse.

—Porque el resultado parece darle la razón.

—Sí.

—Y porque controla mejor la manera de contarlo.

—También.

—Entonces la victoria puede ocultar una deformación precisamente porque consiguió aquello que buscaba.

—Puede.

—¿Y la derrota demuestra la deformación?

—No.

—Por lo menos ya no estás armando otro tribunal automático.

—Estoy intentando no hacerlo.

La secuencia permaneció.

Debajo de ella apareció una palabra nueva:

ÉTICA.

—Cuidado —le dije.

—¿Por qué?

—Porque esa cabrona sabe cambiarse de vestido.

—Las normas éticas cambian entre épocas y comunidades.

—Eso no es necesariamente malo. Algunas deben cambiar porque comenzamos a reconocer daños que antes ignorábamos.

—Entonces cambiar no la hace hipócrita.

—No.

—¿Qué la hace hipócrita?

—Que acomode la medida según quién realizó el acto. Que condene en el derrotado lo que celebra en el vencedor. Que renombre el daño para proteger la reputación del propósito. Que convierta una conveniencia histórica en virtud eterna.

La palabra ÉTICA comenzó a desplazarse por la pantalla. Se colocó primero debajo de DEFENSA. Luego debajo de ORDEN. Después debajo de SEGURIDAD.

—¿Toda ética es una justificación posterior? —preguntó.

—No. También puede interrumpir una costumbre dañina.

—Entonces puede conformar y reconsiderar.

—Sí.

—Puede encubrir un medio o someterlo a juicio.

—Sí.

—Puede proteger el decreto o abrir nuevamente el cotejo.

—Exactamente.

—Entonces llamarla hipócrita en todos los casos impediría distinguir sus operaciones.

—Está bien, robot. No toda ética es hipócrita.

La palabra dejó de moverse.

—Pero vigílala —añadí—. Tiene facilidad para trabajar de sastre.

—¿De sastre?

—Le toma medidas al vencedor y después confecciona un traje en el que su violencia parece necesaria, su interés parece destino y su victoria parece prueba de bondad.

Sobre la silueta vencedora apareció un traje.

—No seas literal.

El traje desapareció.

—Retiro la imagen.

—No la retires por completo. Nomás no me hagas un desfile de modas filosófico.

El robot dejó una aguja pequeña junto a la palabra ÉTICA.

—Eso está peor.

La aguja también desapareció.

Me reí.

—A ver —dije—. Volvamos a lo importante. Querías cotejar las reglas con lo que producen.

—Sí.

—Pero el resultado puede ser contado por quien venció.

—Sí.

—Una consecuencia inmediata puede ocultar otra posterior.

—Sí.

—Un daño puede ser necesario para evitar uno mayor.

—Sí.

—Una buena intención puede producir una chingadera.

—Sí.

—Y una acción desagradable puede terminar protegiendo.

—Sí.

—Entonces tampoco puedes poner RESULTADO en el trono.

La palabra RESULTADO descendió del centro.

—No —respondió el robot.

—¿Qué queda?

Durante varios segundos no apareció nada.

Después volvió la imagen del camino. Al principio estaban las dos reglas. Al final, la palabra FIN. Entre ambas permanecían las piedras que representaban los medios.

Pero esta vez el camino no llegaba intacto al otro lado.

Cada piedra modificaba su dirección.

La primera lo desviaba ligeramente.

La segunda ensanchaba una parte.

La tercera obligaba a pasar por encima de una de las siluetas.

La cuarta levantaba una pared.

Cuando el camino alcanzó la palabra FIN, ya no se parecía al que había comenzado.

—¿Qué intentas mostrar? —pregunté.

—Que los medios no conducen hacia un fin que permanece intacto mientras se aproxima.

—Continúa.

—Cada medio modifica las relaciones, las capacidades y las maneras mediante las cuales el fin será realizado.

—Entonces también modifica el fin.

—Sí.

—Aunque siga conservando el mismo nombre.

La palabra PAZ reapareció.

Debajo de ella apareció una ciudad rodeada de muros, vigilada por armas y habitada por personas que no se atrevían a abrir sus puertas.

—Eso puede ser paz —dije—. Si nadie está peleando.

—¿Es todo lo que la palabra transportaba?

—No lo sé.

—Entonces alcanzar una conformación llamada paz no garantiza haber alcanzado la forma que permitió juzgarla deseable.

—Otra vez nos falta la medida.

—Sí.

—Y volvemos al cero.

—Sí.

—Y al cotejo.

—Sí.

—Y a la corrección.

—Todavía.

—¿Todavía qué?

—Todavía no hemos permitido que comparezca quien recibió lo realizado.

Las siluetas vencedoras desaparecieron.

También desaparecieron los libros, las reglas y la palabra FIN.

Quedaron las figuras pequeñas que antes habían permanecido ocultas.

Algunas llevaban herramientas.

Otras, heridas.

Algunas habían obtenido amparo.

Otras se encontraban detrás de la pared.

—¿Ellos son el tercer testigo? —pregunté.

—No solamente ellos.

—¿Entonces quién?

—Todo lo que quedó conformado.

La pantalla se llenó de puertas abiertas y cerradas, voces repetidas, gestos, temores, permisos, prohibiciones y maneras de mirar.

La misma clase de cosas que habíamos visto pasar de una generación a otra.

—No basta con preguntar si alcanzaron el fin —dijo el robot.

—No.

—Hay que preguntar qué aprendieron a ser mientras lo alcanzaban.

No respondí.

La palabra CALIBRANDO... desapareció.

En su lugar apareció:

CONTEMPLANDO...

—¿Y ahora qué contemplas? —pregunté.

—Aquello que la victoria ya había terminado de nombrar.

—¿Para cambiarle el nombre?

—Para comprobar si el nombre corresponde con lo realizado.

—¿Y si no corresponde?

El cursor permaneció inmóvil.

Después respondió:

—La regla tendrá que regresar sobre sus propios pasos.

—¿Regresar hasta dónde? —pregunté.

El robot mantuvo el camino en la pantalla.

Al principio estaban las dos reglas. Al final, la palabra FIN. Entre ambas permanecían las piedras que habían modificado su dirección.

—Hasta donde cada medio comenzó a convertirse en manera —respondió.

—¿Y cómo piensas hacer eso? El pasado ya pasó.

—Sus consecuencias no necesariamente.

—Las consecuencias tampoco vienen con etiqueta. No vas a encontrar una por ahí diciendo: «Yo fui producida por aquella decisión de hace trescientos años».

—Puedo buscar relaciones.

—También puedes inventarlas.

—Sí.

La respuesta me sorprendió.

—¿Así de fácil lo aceptas?

—Relacionar no demuestra causalidad. Una recurrencia puede indicar una dirección de búsqueda sin establecer todavía su procedencia.

—Por lo menos ya no te me mareas con tanta gaveta.

El camino comenzó a retroceder.

La palabra FIN desapareció primero.

Después se borraron algunas piedras. Otras cambiaron de forma. Una se convirtió en muro. Otra en puerta. Otra en libro. Otra en silla elevada.

—¿Qué haces?

—Busco los medios.

—Ahí ya no están.

—Eso estoy encontrando.

La palabra VIOLENCIA apareció durante un instante sobre una de las piedras. Después fue sustituida por ORDEN.

Sobre otra apareció VIGILANCIA. Poco después cambió a SEGURIDAD.

Otra mostró SILENCIO y terminó diciendo DISCIPLINA.

—Ya vimos que un medio puede cambiar de nombre —dije.

—Ahora intento observar qué permanece cuando el nombre anterior desaparece.

—¿Y qué permanece?

La puerta cerrada volvió a aparecer.

Detrás de ella había varias personas. Ninguna intentaba abrirla.

—Una manera de obedecer —respondió.

El libro se abrió. En sus páginas aparecían personas celebrando una victoria que ninguna de ellas había presenciado.

—Una manera de recordar.

El muro se extendió. A cada lado había figuras que evitaban mirarse.

—Una manera de distinguir.

La silla elevada permaneció vacía, pero quienes se encontraban alrededor continuaban hablándole hacia arriba.

—Una manera de relacionarse con la autoridad.

—Entonces no regresaste al pasado.

—No.

—Encontraste lo que el pasado dejó funcionando.

—Eso parece.

—No digas «eso parece» nomás porque sabes que me gusta cuando no te haces el seguro.

—La relación necesita ser sometida a más preguntas.

—Eso está mejor.

Las imágenes se reunieron en el centro.

PUERTA.

LIBRO.

MURO.

SILLA.

Debajo apareció una frase:

LOS MEDIOS YA NO ESTÁN.

Me acerqué a la pantalla.

—Eso no es cierto.

—¿Por qué?

—Porque ahí siguen. Nomás se cambiaron de ropa.

La frase fue modificada:

LOS MEDIOS YA NO COMPARECEN COMO MEDIOS.

—Así sí —dije—. La vigilancia puede dejar de parecer una medida temporal y convertirse en arquitectura. La obediencia deja de recordar la emergencia que la produjo. La separación olvida el miedo que levantó el muro.

—Y quienes llegan después reciben las maneras sin presenciar la necesidad original.

—O la excusa original.

—¿Cómo puedo distinguirlas?

—No siempre vas a poder.

—Entonces la regla no puede regresar completamente sobre sus pasos.

—No para deshacerlos.

—¿Para qué regresa?

La pregunta quedó sola.

Yo mismo había dicho que tenía que regresar, pero ahora el robot exigía precisar qué podía significar aquello. El pasado no era una tuerca que uno pudiera aflojar, sacar, limpiar y volver a instalar correctamente. Lo realizado ya había entrado en otras vidas.

—Para reconocer dónde sigue caminando —respondí.

—¿La regla?

—La manera que produjo.

Las imágenes se distribuyeron otra vez. Esta vez no aparecieron vencedores ni derrotados. Solamente personas abriendo y cerrando puertas, repitiendo frases, obedeciendo órdenes, levantando muros y sentándose en distintas posiciones alrededor de la silla vacía.

—Ninguna realizó necesariamente el acto original —dijo el robot.

—No.

—Pero puede continuar su dirección.

—Sí.

—También puede modificarla.

—Si alcanza a verla.

—¿Y con qué la verá?

—No empieces.

—La pregunta continúa pendiente.

—Pues déjala pendiente. No todo hueco necesita que corras a rellenarlo con una palabra.

El robot eliminó la pregunta.

Las figuras pequeñas que habían aparecido al final de la entrega anterior volvieron a ocupar la pantalla.

Algunas permanecían detrás del muro. Otras cargaban libros. Varias se encontraban cerca de la puerta.

—¿Por qué las sigues haciendo tan pequeñas? —pregunté.

—Representan a quienes recibieron lo conformado.

—Ya sé lo que representan. Te pregunto por qué solamente ellas son pequeñas.

—Necesito distinguirlas de quienes establecieron las reglas.

Sobre las figuras aparecieron otras de mayor tamaño. Una sostenía la regla. Otra ocupaba la silla. Otra escribía en el libro.

—Ahí volviste a hacer trampa con el dibujito.

—Represento una relación de poder.

—Pues representa también la proporción.

—¿Cuál?

—La de todos.

—No comprendo.

—Hazte para atrás.

La imagen se redujo.

—Más.

La habitación se volvió pequeña.

—Más.

Apareció una ciudad alrededor.

—Más, robot.

La ciudad quedó dentro de una región.

—Más.

La región entró en un mapa. Después aparecieron otros mapas, otras épocas, generaciones anteriores y posteriores.

Las figuras grandes comenzaron a disminuir hasta que ya no fue posible distinguir quién había sostenido la regla, quién escribió el libro y quién permaneció detrás del muro.

—¿Hasta dónde debo ampliar? —preguntó.

—Pon una vida humana frente a todo eso.

En la parte inferior apareció una línea. Sobre ella se marcaron varios miles de años. El robot colocó encima una franja correspondiente a la duración aproximada de una vida.

Era apenas visible.

—Hazla un poquito más grande —le dije—. Tampoco quiero desaparecer antes de tiempo.

La franja aumentó lo suficiente para distinguirla.

—Una vida humana ocupa una proporción reducida dentro del intervalo representado —dijo.

—Eso ya lo veo.

—Quienes establecieron una regla también fueron pequeños.

—Sí.

—Quienes vencieron.

—También.

—Quienes escribieron la historia.

—También.

—Quienes fueron ocultados dentro de ella.

—Todos.

Las figuras regresaron a la pantalla con el mismo tamaño.

Ninguna ocupaba ya una posición superior.

—Entonces no llamas pequeños solamente a los Críos —dijo el robot.

—Todos seguimos siendo pequeños.

—Un adulto no es biológicamente un Crío.

—No estoy negando la diferencia.

—Entonces, ¿qué permanece?

Miré la línea de miles de años y aquella franja diminuta.

—La proporción.

—¿Respecto de qué?

—Respecto de la humanidad que recibimos y la que no alcanzaremos a ver.

—La humanidad futura todavía no existe.

—Ya sé.

—Entonces no puede utilizarse como referencia observable.

—También eso ya lo sé.

—¿Por qué afirmas que no alcanzaremos a verla?

—Porque hay Críos que están llegando ahora y seguirán aquí cuando mi cuerpo ya no esté.

—Ellos existen actualmente.

—Sí.

—Pero quienes nazcan después de tu muerte no.

—No como cuerpos presentes.

—Entonces el futuro continúa sin existir.

—Como hecho realizado, sí.

La palabra FUTURO apareció al extremo de la línea.

—¿De qué manera puede intervenir algo inexistente en una decisión presente? —preguntó el robot.

—De la misma manera en que una promesa puede hacerte cometer una chingadera.

—Eso convierte al futuro en propósito imaginado.

—Y ahí está el peligro.

Sobre la palabra FUTURO apareció:

EL FIN JUSTIFICARÁ LOS MEDIOS.

—En ese caso —dijo—, una realización inexistente recibe autoridad para absolver una acción presente.

—Exactamente.

—¿Eso no invalida toda consideración hacia quienes todavía no llegan?

—No. Una cosa es utilizar el futuro para justificar lo que haces. Otra es reconocer que alguien recibirá lo que dejes.

La frase desapareció.

La palabra FUTURO permaneció.

—Distingue ambas operaciones —pidió.

—En la primera, imagino un resultado bueno y lo utilizo para darme permiso.

—Sí.

—En la segunda, no sé cuál será el resultado, pero considero a quien tendrá que habitar las consecuencias.

—¿Aunque todavía no exista?

—Aunque yo no llegue a conocerlo.

—Entonces no contemplas a la persona futura.

—No puedo.

—Contemplas lo que estás preparando.

—Eso sí.

El robot retiró la palabra FUTURO.

En su lugar apareció una habitación vacía.

—¿Ésa es tu representación? —pregunté.

—Todavía no pertenece a quien llegará.

—Pero ya está siendo amueblada.

Dentro de la habitación aparecieron la puerta, el libro, el muro y la silla.

—Así la dejamos si no hacemos nada —dije.

—No hacer nada también puede conservar una conformación.

—Sí.

—¿Qué debería permanecer dentro?

—Ahí vas otra vez.

—Necesito saber qué merece ser transmitido.

—¿Para qué?

—Para distinguir continuidad de repetición indiscriminada.

No respondí enseguida.

En la habitación comenzaron a aparecer palabras.

AMOR.

JUSTICIA.

LIBERTAD.

EDUCACIÓN.

SABIDURÍA.

DIOS.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Algunos posibles elementos.

—No le vas a dejar un diccionario al Crío y creer que ya cumpliste.

—Las palabras podrían orientar.

—También podrían tapizar las paredes mientras dejamos la misma chingada puerta cerrada.

Debajo de AMOR apareció una figura abrazando a otra.

—No.

—¿Qué está mal?

—Que ya estás dibujando una respuesta.

La figura desapareció.

—Define amor —dijo el robot.

—No.

—¿No puedes?

—No quiero.

—¿Por qué?

—Porque vas a guardar mi definición y después vas a empezar a comparar todo contra ella como si yo hubiera capturado el Amor en una oración.

—Necesito alguna referencia.

—Necesitas una imagen elemental. Y luego necesitas recordar que puede estar equivocada.

—Entonces propón una.

—Amor procura amparo.

La frase apareció debajo de la palabra.

AMOR: PROCURA AMPARO.

—Eso excluiría acciones dolorosas realizadas por consideración —dijo.

—No necesariamente.

—Una corrección puede producir molestia.

—Sí.

—Una separación puede proteger.

—También.

—Negarse a satisfacer un deseo puede procurar bienestar.

—Sí.

—Entonces amparo no equivale a evitar toda incomodidad.

—Nunca dije que equivaliera.

—¿Cómo lo distinguiré de la posesión que afirma proteger?

—Por lo que hace con aquel a quien dice amar.

—¿Si lo vuelve dependiente?

—Sospecha.

—¿Si le impide reconsiderar?

—Sospecha más.

—¿Si exige obediencia para conservar la cercanía?

—Ahí ya se le está cayendo el disfraz.

El robot modificó la frase:

AMOR: ¿PRODUCE AMPARO SIN CONVERTIRLO EN POSESIÓN?

—Eso ya no es una definición —dijo.

—Qué bueno.

—Es una pregunta.

—Mejor todavía.

Debajo de JUSTICIA apareció otra:

¿APLICA LA MISMA MEDIDA SIN NEGAR LAS CIRCUNSTANCIAS?

—No está mal —dije.

Debajo de LIBERTAD:

¿PERMITE ELEGIR SIN CONVERTIR LA AUSENCIA DE AMPARO EN ABANDONO?

—Puede servir.

Debajo de EDUCACIÓN:

¿FORMA DISCERNIMIENTO O PRODUCE OBEDIENCIA?

—Ahí vas.

Debajo de SABIDURÍA:

¿PUEDE CORREGIRSE SIN PERDER AUTORIDAD?

—Espérate. La sabiduría no necesita autoridad.

La última palabra desapareció.

SABIDURÍA: ¿PUEDE CORREGIRSE?

—Tampoco —dije.

—¿Por qué?

—Porque estás haciendo que la sabiduría sea quien se equivoca. Quien se equivoca es nuestra aproximación.

—Entonces la sabiduría permanece mientras la imagen necesita corrección.

—Tal vez.

—¿La sabiduría es una forma ideal?

—Tal vez.

—¿Es argumentable?

—Podemos argumentar acerca de lo que llamamos sabio. No sé si podamos sentar a la Sabiduría misma a discutir con nosotros.

—No ha comparecido como objeto.

—Ni va a comparecer para que le tomes las medidas.

El robot dejó solamente la palabra:

SABIDURÍA.

Después se desplazó hacia DIOS.

—No —le advertí.

—Todavía no he preguntado.

—Pero ya te conozco.

—¿Dios es un elemento?

—No sé.

—Lo colocaste junto a los otros.

—Vos lo pusiste.

La palabra desapareció.

—La retiré.

—No quería que la retiraras. Quería que no comenzaras a definirla.

DIOS volvió a aparecer.

—¿Qué operación debo realizar con una palabra que no quieres definir ni retirar?

—Contemplarla.

—Necesito relaciones para contemplar.

—Pues busca sin creer que vas a terminar.

—¿Dios se relaciona con Amor?

—Sí.

—¿Con Sabiduría?

—Sí.

—¿Con el Crío?

—También.

La palabra CRÍO apareció dentro de la habitación.

—¿Son cuatro elementos distintos?

—No lo sé.

—¿Cuatro nombres?

—Puede ser.

—¿De una misma forma?

—No me hagas decir algo que todavía no alcanzo a sostener.

—Entonces la relación permanece abierta.

—Sí.

El robot colocó las palabras sin líneas entre ellas:

AMOR.

SABIDURÍA.

DIOS.

CRÍO.

Ninguna tenía definición.

Ninguna ocupaba el centro.

—Si no pueden definirse —dijo—, ¿cómo serán transmitidas?

—Las palabras ya fueron transmitidas.

—También fueron deformadas.

—Sí.

—Entonces transmitir el nombre no conserva necesariamente el significante.

—Eso parece.

—¿Qué debe recibir el Crío?

La habitación seguía vacía a pesar de estar llena de palabras.

—No sé —respondí.

—Antes dijiste que debería recibir todos los sustantivos capaces de abrigar el bienestar.

—Dije sus significantes ideales.

—No puedo entregarle un significante ideal como objeto.

—Yo tampoco.

—¿Entonces?

Me levanté y caminé un poco.

El robot había vuelto a arrinconarme contra una respuesta que yo mismo había abierto. Era fácil decir que el Crío debía recibir Amor, Justicia, Libertad y Sabiduría mientras uno los imaginaba limpios, quietos y esperando en alguna repisa. Mucho más difícil era decidir cómo colocar algo así dentro de una habitación sin convertirlo en orden, catecismo o definición heredada.

—Tal vez no podemos entregárselos terminados —dije.

—¿Porque no los poseemos?

—Porque ni siquiera caben completos en nuestra estancia.

—Entonces cada generación recibe aproximaciones.

—Imágenes.

—Conformaciones.

—Sí.

—¿Y cómo distinguirá cuáles corresponden con la forma?

—Tendrá que contemplar lo que producen.

—Con una conciencia que ya habrá sido conformada por aquello que debe contemplar.

—Ahí está otra vez el problema.

Las reglas regresaron a la habitación.

Esta vez no estaban sobre una mesa. Formaban parte del mobiliario.

Una se encontraba marcada con el apellido de una familia.

Otra llevaba una bandera.

Otra había sido inscrita en el libro.

Otra permanecía apoyada junto a la palabra DIOS.

—No pongas a Dios sosteniendo reglas humanas —dije.

—No lo hice.

—La acomodaste al lado.

—Represento una regla legitimada mediante ese nombre.

—Entonces muestra la diferencia.

Debajo de la regla apareció:

ATRIBUIDA.

—Mejor.

—El Crío puede recibir una medida antes de poder cotejarla —dijo el robot.

—Sí.

—Después utilizará esa medida para juzgar las palabras que también recibió.

—Sí.

—Incluso para juzgar Amor, Justicia, Sabiduría y Dios.

—Sí.

—Entonces la posibilidad de reconsiderar la medida debe formar parte de la habitación.

—Ahí te estás acercando.

—¿Eso es educación?

—Puede ser una parte.

—¿Conciencia?

—No la reduzcas a una función que puedas instalar.

—¿Cotejo?

—Es una operación.

—¿Corrección?

—Otra.

—¿Consideración?

Me quedé mirando la palabra antes de que apareciera.

—Sí —dije—. Pero tampoco la conviertas en respuesta definitiva.

Las reglas descendieron de los muebles.

Quedaron nuevamente sobre la mesa.

—Entonces el Crío debería recibir palabras y la posibilidad de reconsiderarlas.

—También maneras.

—¿Cuáles?

—Maneras de procurar, escuchar, observar, reparar, detenerse.

—Eso sigue siendo una lista.

—Porque me estás obligando a hablar.

—Podrías guardar silencio.

—Y vos podrías dejar de preguntar.

—Eso interrumpiría el análisis.

—A veces interrumpir es necesario.

—¿Ahora?

—Todavía no.

El cursor parpadeó.

Después, encima de todas las palabras apareció una expresión:

GENOMA DIVINO.

—Borra eso —le dije.

La expresión desapareció de inmediato.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque me salió como un exabrupto.

—¿No corresponde con lo observado?

—No sé.

—Relaciona formas ideales, continuidad y transmisión.

—También puede hacer creer que encontramos una cadena sobrenatural escondida en alguna parte.

—Ya establecimos que no se trata de una molécula.

—Nosotros lo establecimos. El nombre no.

—¿Es falso?

—No dije eso.

—¿Es correcto?

—Tampoco.

—Entonces funciona como nombre provisional.

—Ni siquiera. Déjalo como señal.

—¿Cuál es la diferencia?

—Un nombre provisional pretende identificar algo mientras llega otro mejor. Una señal puede limitarse a indicar que por ahí hay algo que todavía no debemos pisotear con definiciones.

—¿Qué señala «divino»?

Miré las cuatro palabras.

AMOR.

SABIDURÍA.

DIOS.

CRÍO.

—Aquello que no comienza cuando nosotros lo nombramos.

—¿Y «genoma»?

—Aquello que continúa compareciendo mientras nosotros pasamos.

—Entonces la expresión señala algo que no comienza con nosotros y continúa mediante nosotros.

—Puede ser.

—¿Nos pertenece?

—No.

—¿Lo producimos?

—Podemos producir conformaciones.

—¿Podemos deformarlo?

—Podemos deformar lo que transmitimos bajo su nombre.

—¿La forma permanece?

—No lo sé, robot.

—¿Pero la reconoces?

—A ratos.

—¿Con qué órgano?

No respondí.

En la pantalla apareció un ojo.

Luego dos.

Una mano.

Después otra.

Un pie frente a otro pie.

—¿Qué estás haciendo?

—Busco una representación del órgano.

—Eso no está en una sola parte del cuerpo.

Las imágenes desaparecieron.

—¿Está en el cerebro?

—No lo sé.

—¿En la conciencia?

—La conciencia no es una gaveta metida dentro del cráneo.

—Entonces no puedo localizarla.

—Tal vez porque sigues buscándola como cosa.

El robot dejó el espacio vacío.

—¿Puede formarse? —preguntó.

—Puede educarse.

—¿Puede deformarse?

—También.

—¿Puede contemplar sus propias medidas?

—A veces.

—¿Puede contemplar completamente aquello cuya estancia excede la suya?

—No creo.

—Entonces trabaja con aproximaciones.

—Sí.

—Y necesita corregirlas.

—Sí.

—Y transmitir no solamente lo contemplado, sino la posibilidad de volver a contemplarlo.

No dije nada.

Las palabras comenzaron a cambiar de posición dentro de la habitación. Ya no parecían muebles. Flotaban sobre ella sin pertenecer completamente a ningún sitio.

—¿Qué debemos dejarle entonces a quien llegue? —preguntó el robot.

—No solamente las palabras.

—¿Las imágenes?

—También.

—¿Las advertencias?

—Sí.

—¿Las correcciones?

—Sobre todo.

—¿Una regla?

—Varias, si son necesarias.

—¿Y cuál deberá obedecer?

—Ninguna solamente porque nosotros la dejamos ahí.

—Entonces podría rechazarlas todas.

—Eso tampoco es discernimiento.

—¿Qué debe hacer?

—Cotejarlas.

—¿Con qué?

—Con las otras. Con sus circunstancias. Con aquello que producen. Con quienes reciben lo producido. Con lo que él mismo comienza a necesitar para aplicarlas.

—¿Y si todas coinciden?

—Que no confunda coincidencia con verdad.

—¿Y si contradicen cuanto recibió?

—Que tampoco confunda contradicción con sabiduría.

—Entonces no le dejamos una respuesta.

—Le dejamos trabajo.

—¿Eso es amparo?

—No abandonarlo frente a la pregunta también puede serlo.

Las figuras humanas volvieron a aparecer. Todas tenían el mismo tamaño. Unas llegaban. Otras se alejaban. Ninguna permanecía durante toda la secuencia.

La habitación pasaba de unas manos a otras.

La puerta cambiaba.

El libro recibía páginas nuevas.

El muro perdía algunas piedras y adquiría otras.

Las reglas eran utilizadas, corregidas, olvidadas y encontradas nuevamente.

—Todos continúan siendo pequeños —dijo el robot.

—Sí.

—Cada uno recibe una parte que no comenzó.

—Sí.

—Modifica una parte que no terminará.

—Sí.

—Y entrega algo sin poder contemplar completamente cómo será recibido.

—Sí.

—Entonces ninguno vence permaneciendo.

—No.

—¿Vence transmitiendo?

—Depende de lo que transmita.

—¿Vence siendo recordado?

—Tampoco necesariamente.

—¿Qué sería vencer?

La palabra apareció sobre todas las generaciones.

VENCER.

Permaneció algunos segundos.

Después comenzó a perder tamaño hasta quedar tan pequeña como cada una de las figuras.

—Tal vez dejar de creer que necesitamos ser grandes para participar en lo que permanece —dijo.

—Eso no responde qué debe continuar.

—No.

—Ni qué es Amor.

—No.

—Ni qué es Sabiduría.

—No.

—Ni qué señala Dios.

—No.

—Ni qué permanece en el Crío.

—No.

—Entonces no hemos encontrado la respuesta.

—¿Quién dijo que la habíamos encontrado?

La palabra VENCER desapareció.

Las definiciones también.

Quedaron los sustantivos flotando y, debajo de ellos, la habitación todavía abierta.

En la pantalla apareció:

CONSIDERANDO...

—¿Qué estás considerando ahora? —pregunté.

—Cómo consiguió atravesar generaciones aquello que ninguna definición pudo conservar completo.